



unánimes

Estudios bíblicos

N: Los milagros de Jesús

18.- La hija de Jairo



unánimes

Estudios Bíblicos

N.18.- La hija de Jairo

1. El texto

Marcos 5:21-43

Al pasar otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió a su alrededor una gran multitud; y él estaba junto al mar. Y vino un alto dignatario de la sinagoga, llamado Jairo. Al verlo, se postró a sus pies, y le rogaba mucho, diciendo:

—Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y viva.

Fue, pues, con él, y lo seguía una gran multitud, y lo apretaban. Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho a manos de muchos médicos, y había gastado todo lo que tenía y de nada le había servido, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús se acercó por detrás entre la multitud y tocó su manto, porque decía: «Si toco tan solo su manto, seré salva». Inmediatamente la fuente de su sangre se secó, y sintió en el cuerpo que estaba sana de su azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, preguntó:

—¿Quién ha tocado mis vestidos?

Sus discípulos le dijeron:

—Ves que la multitud te aprieta, y preguntas: “¿Quién me ha tocado?”.

Pero él miraba alrededor para ver quién lo había hecho. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él y le dijo toda la verdad.

Él le dijo:

—Hija, tu fe te ha salvado. Vete en paz y queda sana de tu enfermedad.

Mientras él aún hablaba, vinieron de casa del alto dignatario de la sinagoga, diciendo:

—Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?

Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al alto dignatario de la sinagoga:

—No temas, cree solamente.

Y no permitió que lo siguiera nadie sino Pedro, Jacobo y Juan, hermano de Jacobo. Vino a casa del alto dignatario de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho. Entró y les dijo:

—¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino dormida.

Y se burlaban de él. Pero él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. Tomó la mano de la niña y le dijo:

—¡Talita cumi! (que significa: “Niña, a ti te digo, levántate”).

Inmediatamente la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y la gente se llenó de asombro. Pero él les insistió en que nadie lo supiera, y dijo que dieran de comer a la niña.

2. Introducción

Es casi imposible olvidar la transición desde la sección precedente cuando Jesús liberó a un habitante de Gadara y lo envió a dar testimonio a Decápolis y la narrativa de estos dos milagros. Desde aquella petición que equivalía a “te rogamos que te vayas de aquí”, de los habitantes de Gadara, la historia avanza hasta una petición conmovedora: “te ruego que vengas” de Jairo el oficial de la sinagoga. Cuando a Jesús se le pidió que se fuera, se fue; es decir, volvió a cruzar el mar y arribó a la ribera de Capernaum, donde el personaje principal de una sinagoga de aquella ciudad se hallaba en desesperada necesidad de ayuda, porque su hijita estaba a punto de morir. De modo que, de la historia sobre la milagrosa bendición derramada sobre un hombre que moraba en lugares de muerte avanzamos a otro de triunfo sobre la muerte misma. Desde el momento en que donde todos quedan maravillados se nos lleva al instante en que todos quedan sobremanera asombrados.

Había un grupo de ancianos que gobernaba la sinagoga. Una de sus responsabilidades era mantener el orden en las reuniones. El hombre que fue a ver a Jesús y a quien Mateo no menciona por nombre, pero que Marcos y Lucas llaman Jairo, era miembro de ese grupo. Puesto que probablemente vivía en Capernaum, podemos suponer que había oído hablar acerca de los milagros realizados por Jesús y que tal vez incluso había presenciado alguno.

Los tres evangelios sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) nos narran los dos milagros. Vamos a usar como base el relato de Marcos haciendo referencia a los otros dos ocasionalmente.

El relato que Mateo hace del doble milagro es muy breve, sólo ocupa nueve versículos; el de Lucas abarca diecisiete versículos y el de Marcos veintitrés. Mateo omite la petición del principal de la sinagoga de que Jesús sanase a la niña enferma. En realidad Mateo, en su breve resumen, deja fuera varios detalles mencionados por uno o los otros dos Sinópticos (Marcos y Lucas). Sin embargo, es el único que dice que el principal le pide a Jesús que ponga su mano sobre la niña muerta, añadiendo “y vivirá”. También, es el único que menciona a los que tocaban flautas en la casa del duelo.

Marcos es el único que, en su extenso relato, presenta a Jairo usando el término cariñoso de “mi hijita”, y describe a una gran multitud que se “apiñaba” alrededor o “apretaba” a Jesús. También es Marcos el único que cuenta que Jesús hizo caso omiso del mensaje que le enviaron a Jairo, “Tu hija ha muerto ...”, y es el que resalta el llanto y la lamentación de la gente que hacía duelo, a la vez que registra las palabras arameas que Jesús dijo a la niña y añade que la niña, vuelta a la vida, caminaba.

Hay varios detalles que Marcos y Lucas comparten y que no se hallan en Mateo. Por ejemplo, se nos dice que el nombre del principal era Jairo, que Jairo hizo su primera petición

antes que la niña hubiese muerto, que ella tenía unos doce años de edad, que Pedro, Jacobo, Juan y también los padres de la niña estaban con Jesús cuando realizó el milagro y que Jesús no quería que la noticia de este milagro se propagara.

Lucas es el único que informa que la niña era hija única y que Jesús efectivamente oyó la noticia de su muerte pero que no le prestó atención.

En los tres relatos, la historia de la vuelta a la vida de la hija de Jairo se ve interrumpida por la de la curación de la mujer que tocó el manto de Jesús.

Todo este material, según se presenta aquí, da lugar al siguiente bosquejo. Bajo el tema general que ya se ha indicado (los dos milagros, etc.) llegamos a las siguientes subdivisiones o “puntos”:

- a. Presentación del primer milagro
- b. Interrupción del primer milagro por el segundo milagro
- c. Realización del primer milagro

En el estudio precedente analizamos detalladamente el segundo milagro, “Mujer con flujo de sangre”, por lo tanto en el presente estudio, nos vamos a circunscribir solamente al milagro de la hija de Jairo.

3. Presentación del primer milagro

Al pasar otra vez Jesús en una barca a la otra orilla, se reunió a su alrededor una gran multitud; y él estaba junto al mar. Y vino un alto dignatario de la sinagoga, llamado Jairo. Al verlo, se postró a sus pies, y le rogaba mucho, diciendo:

—Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y viva.

Como en ocasiones anteriores, Jesús se hallaba “junto al mar”, cerca de Capernaum y como de costumbre se hallaba rodeado de una gran multitud. Fue entonces cuando Jairo cayó postrado a sus pies. Esta acción de por sí fue una manifestación de alto respeto a Jesús. La fervorosa súplica, “Mi hija está agonizando— literalmente: ha llegado a su fase final—por favor ven y pon tus manos sobre ella, para que sea salva y viva”, fue una expresión de tierno afecto, intensa ansiedad y un alto grado de fe. ¡Tierno afecto! En el original Jairo dice, “mi hijita”. A la edad de doce años, muchos niños se sienten ofendidos si se les llama “hijito(a)”. Pero para su padre la niña todavía era una “niñita”; con el énfasis puesto, no tanto en sus tiernos años, sino en lo precioso que ella era a sus ojos.

¡Intensa ansiedad! “Por favor, ven ...”. Hay oscuros presentimientos y a la vez intenso deseo.

¡Un grado considerable de fe! Incluso ahora, con la muerte encima, el hombre cree en la efectividad del toque de las manos de Jesús. Aquel principal de la sinagoga debió haber visto y oído a Jesús más de una vez, allí mismo en Capernaum, donde el Maestro tenía su centro de operaciones y donde asistía a la sinagoga, siempre que le era posible. Jairo bien pudo haber presenciado varios milagros. Pero sorprende que estando su querida hijita única tan cerca de la muerte, el hombre aún abrigara esperanza y que hasta manifestase un alto grado de fe.

Aquí tenemos todos los elementos de una tragedia. Siempre es trágico que un niño esté enfermo. Esta historia nos dice que la hija del gobernador de la sinagoga tenía doce años. Según la costumbre judía, una niña se hacía mujer al cumplir los doce años. Esta chica estaba en el umbral de la feminidad y cuando llega la muerte en esa edad es doblemente trágica.

La historia nos dice algo acerca de este hombre que era el gobernador de la sinagoga. Tiene que haber sido una persona de considerable importancia. El gobernador era el responsable administrativo de la sinagoga. Era el presidente de la junta de ancianos y el responsable de la buena marcha de la sinagoga. Tenía a su cargo el orden de los cultos. No solía tomar parte en ellos él mismo, pero era responsable de la distribución de obligaciones y de ver que todo se llevaba a cabo decentemente y con orden. El gobernador de la sinagoga era uno de los hombres más importantes y más respetados de la comunidad. Pero algo le sucedió cuando su hija cayó enferma y él pensó en Jesús. La actitud de Jairo nos habla de distintas maneras:

- a. **Se olvidó de sus prejuicios:** No hay duda que Jairo debe haber considerado a Jesús un marginado, un hereje peligroso, uno para quien las puertas de la sinagoga estaban justificadamente cerradas y uno al que haría bien en evitar todo el que apreciara su relación con los guardianes de la ortodoxia. Pero era lo suficientemente persona como para abandonar sus prejuicios a la hora de su necesidad. Prejuicio quiere decir realmente juicio que se hace antes de tiempo. Es juzgar antes de haber examinado la evidencia, o dar un veredicto antes de examinar aquella. Pocas cosas han contribuido más que el prejuicio para detener las cosas. Casi cada paso hacia adelante se ha tenido que dar oponiéndose a un prejuicio inicial. Cuando Sir James Simpson descubrió el uso del cloroformo como anestésico, especialmente en los partos, se dijo que eso no era más que «una treta de Satanás, presentada como una bendición para las mujeres, pero que acaba endureciéndolas y robando a Dios de los clamores profundos y serios que deben elevarse a Él en tiempo de prueba.» Una mente dada a los prejuicios le cierra el camino a muchas bendiciones.
- b. **Se olvidó de su dignidad:** Él, el gobernador de la sinagoga, vino a se postró a los pies de Jesús, el Maestro ambulante. No pocas veces una persona tiene que olvidar su dignidad para salvar su vida o su alma. Hay una historia famosa de Diógenes, el filósofo cí-

nico. Le capturaron unos piratas y le iban a vender como esclavo. Mirando a los que pasaban y envidaban por él, se fijó en un hombre. «Véndeme a ese hombre --dijo-. Necesita un maestro.» El hombre le compró; le confió a Diógenes la dirección de su casa y la educación de sus hijos. «Fue un buen día para mí, solía decir aquel hombre, cuando Diógenes entró en mi casa.» Cierto; pero le costó a aquel hombre abdicar de su dignidad. A menudo sucede que una persona mantiene su dignidad y cae de la gracia.

- c. **Se olvidó de su orgullo:** Tiene que haberle costado un esfuerzo consciente de humillación a este gobernador de la sinagoga el venir a pedirle ayuda a Jesús de Nazaret. A nadie le gusta deberle un favor a otro; todos queremos resolverlo todo solos. El primer paso en la vida cristiana es darnos cuenta de que no podemos por menos de estar en deuda con Dios. En una antigua historia, eso fue precisamente lo que tuvo que hacer Naamán el sirio. Tuvo que venir a Eliseo para curarse de la lepra. La prescripción de Eliseo fue que fuera y se bañara en el Jordán siete veces. ¡Esa no era manera de tratar al primer ministro de Siria! Eliseo ni siquiera había comunicado el mensaje personalmente. ¡Se lo había enviado con un criado! Y, ¿es que no había ríos mucho mejores en Siria que ese riachuelo polvoriento y cenagoso del Jordán? Estos fueron los primeros pensamientos de Naamán; pero acabó por tragarse su orgullo y se libró de su lepra.
- b. **Se olvidó de sus amigos:** Aquí llegamos al reino de la especulación; pero parece que podemos decir que este hombre ignoró a sus amigos y recurrió a Jesús. Puede que sus amigos objetaran a que él acudiera a Jesús. Es bastante extraño que él viniera en persona en vez de mandar a un mensajero. Parece extraño de estuviera dispuesto a dejar a su hija, que estaba a las puertas de la muerte. Puede ser que fuera él porque ningún otro estaba dispuesto. Los de su círculo fueron sospechosamente rápidos en decirle que no molestara más a Jesús. Suena casi como si se alegraran de no solicitar su ayuda. Bien puede ser que este gobernador desafiara la opinión pública y el consejo privado al dar el paso de acudir a Jesús.

Aquí tenemos a un hombre que lo olvidó todo excepto que quería la ayuda de Jesús y gracias a ese olvido recordaría siempre que Jesús es el Salvador.

3.1. El salvador atiende el llamado

Fue, pues, con él, y lo seguía una gran multitud, y lo apretaban.

No nos sorprende leer que Jesús fue con él. ¿No es Jesús el Salvador, no sólo del alma sino de la persona entera, es decir, del espíritu, el alma y del cuerpo? Sin embargo, a continuación sigue una declaración muy ligada a la precedente y que además introduce lo que sigue. Se trata de: Una gran multitud le seguía y le apretaba. Esto no era nada extraño. Pero lo que da más significado a la situación presente es:

- a. El tamaño mismo de la multitud, junto con el hecho de que la gente apretujaba a Jesús, haciendo que el avance hacia la casa de Jairo fuese dificultoso;
- b. La acción de la mujer con flujo de sangre se explica por la presencia de la multitud. Ella pensó que a causa de la enorme multitud, podría hacer lo que se proponía y luego escapar desapercibida.

4. Interrupción del primer milagro por el segundo milagro

Ya se ha explicado que lo que vincula a las dos historias es la arremolinada multitud, que retrasa la realización del primer milagro y que, hasta cierto punto, explica lo que sucedió con relación al segundo. Dos versículos consecutivos en el Evangelio de Lucas proveen un nexo: la hija de Jairo tenía doce años de edad; la mujer había sufrido por un período de doce años. Pero las dos narraciones también pueden ser consideradas como una, a saber, el relato de un milagro interrumpido y en consecuencia también más glorioso.

Como otras veces, Mateo es muy breve en su relato de la historia de Jesús y la mujer enferma. Lucas tiene nueve versículos y Marcos, el Evangelio de la acción, reparte sus vívidos detalles en diez versículos. Vale decir aquí, como en todo otro lugar de los Evangelios, que ninguno de los relatos es la mera repetición de lo que se dice en el otro. Cada evangelista contribuye con algo que los otros no mencionan. Por eso no quisiéramos perder la referencia de Mateo respecto a la mujer hablando “dentro de sí”, o la mención que hace de Jesús volviéndose a la mujer y diciéndole, “Ten valor” (o: “Ten ánimo”). Tampoco quisiéramos quedarnos sin la inteligente forma en que el Dr. Lucas, sin contradecir a Marcos, evita un posible mal entendido de lo que Marcos dice acerca de los médicos de aquellos días, (“una mujer ... que había sufrido mucho en manos de muchos médicos”). Lucas es el único que introduce a Pedro en la historia. Y en cuanto a Marcos, puede decirse que ni Mateo ni aun Lucas presentan los detalles de esta historia tan vivazmente como lo hace él. Por otro lado, Marcos ni siquiera menciona el borde (o: borlas) sino solo el manto. Para detalles del segundo milagro ver estudio de Unánimes “Mujer con flujo de sangre”.

5. Realización del primer milagro

5.1. Las noticias

Mientras él aún hablaba, vinieron de casa del alto dignatario de la sinagoga, diciendo:

—Tu hija ha muerto, ¿para qué molestas más al Maestro?

Quizás los mensajeros eran parientes de Jairo, o tal vez sus amigos. En todo caso, no fueron muy diplomáticos al dar las alarmantes noticias. De forma bastante inconsiderada dijeron, “Tu hija ha muerto”. Agregan, ¿para qué molestas más al Maestro?”. Según la apreciación de estos parientes o amigos, no existía ni aun la más remota posibilidad de que Jesús pudiese restablecer a una persona muerta. Du-

rante algún tiempo hubo esperanza, a saber, mientras la niña estaba enferma (muy enferma, por cierto), y mientras Jesús estaba en camino. Pero entonces se produjo aquella trágica interrupción. Y ahora ese soplo de esperanza se esfumó.

5.2. Las palabras de aliento

Pero Jesús, luego que oyó lo que se decía, dijo al alto dignatario de la sinagoga: —No temas, cree solamente.

Aunque Jesús oyó las palabras de los mensajeros, no les prestó atención. Con majestuosa calma rehusó por completo dar oído a los heraldos de la muerte, a los mensajeros de la desesperación. Y quiso que Jairo hiciera lo mismo.

Jairo tenía miedo. No es fácil deshacerse del temor. Hay una sola forma de hacerlo, esto es, creyendo firmemente en la presencia, promesas, misericordia, y poder de Dios en Cristo. Consiste en que lo positivo eche fuera a lo negativo. A través de la historia de la redención siempre ha sido así. Cuando parecía que todo estaba perdido, los creyentes depositaron su confianza en Dios y fueron liberados. Esto fue así en la vida de Abraham, Moisés, David y Josafat, por mencionar sólo algunos casos. Cuanto mayor fue la necesidad, tanto más cercano el socorro. Así sucedió también en el caso de Jairo. Las palabras de aliento no fueron en vano. Las tomó muy en serio y fue escuchado.

5.3. Los testigos

Y no permitió que lo siguiera nadie sino Pedro, Jacobo y Juan, hermano de Jacobo.

Al reanudar su viaje hacia la casa de Jairo, la multitud se debió preguntar qué iría a hacer, ahora que la situación—según la opinión de la gente—era totalmente irremediable. Con autoridad, el Maestro despide a toda la multitud, incluyendo a los discípulos ... con excepción de Pedro, Jacobo y Juan.

Los doce discípulos presenciaron sin ningún impedimento casi todos los acontecimientos relacionados con las actividades de Jesús en la tierra. Sin embargo, algunos de esos acontecimientos sucedieron en presencia de sólo tres de estos hombres. Con respecto al por qué, sólo podemos hacer conjeturas. ¿Permitió Jesús que sólo tres discípulos entraran en la habitación donde tuvo lugar la resurrección de la hija de Jairo, porque la presencia de todo el grupo no habría sido conforme al decoro necesario y podría haber perturbado a la niña cuando volviera a abrir sus ojos? ¿Fue la agonía del Maestro en Getsemaní tan sagrada que no podía ser presenciada por más de tres discípulos y fue por esta razón que aun entonces la “presenciaron”

los tres hasta un punto limitado solamente? ¿Y es posible que la transfiguración pudo tener sólo a tres discípulos como testigos oculares, porque de otro modo la prohibición mencionada en Mateo 17:9 (*Cuando descendieron del monte, Jesús les mandó, diciendo: —No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de los muertos*) habría sido más difícil de cumplir? No sabemos a ciencia cierta si éstas eran las razones.

En verdad que no nos sorprende que Pedro estuviese presente en los tres sucesos. Es perfectamente posible que la afinidad espiritual de Juan con su Maestro (era “el discípulo a quien Jesús amaba”, tal y como él mismo se describe en su evangelio) fuese la razón de su inclusión en este círculo íntimo. ¿Pero qué decir de Jacobo, el hermano de Juan? Sin duda fue una consideración especial de parte del Señor hacia quien sería el primero de los Doce en sellar su testimonio con su sangre. Se le otorgó el privilegio de ser incluido entre los tres testigos más íntimos.

Estas son consideraciones que bien vale la pena tomar en cuenta al intentar contestar la pregunta, “¿Por qué estos tres?” No obstante, debe admitirse francamente que el Señor no ha revelado la respuesta a esta pregunta. Es más fácil entender por qué era necesario que hubiesen testigos para que cuando el tiempo debido llegase, pudiesen testificar a la iglesia respecto a las cosas que habían visto y oído.

5.4. La llegada a la casa de Jairo

Vino a casa del alto dignatario de la sinagoga, y vio el alboroto y a los que lloraban y lamentaban mucho.

Una escena de confusión dio la bienvenida a Jesús y a los tres discípulos cuando entraron en casa del principal de la sinagoga. Mateo menciona la ruidosa multitud; Marcos, el ruido o alboroto. Era un gentío completamente desordenado.

Según la costumbre, la sepultura se llevaba a cabo poco después de la muerte y por ello esta era la única oportunidad del gentío y todos, especialmente las plañideras profesionales, ponían gran empeño en cumplir su labor, ¡y tal vez más, dado que un principal de la sinagoga era un hombre de mucha importancia! Allí había llanto, lamentos, gemidos y quejidos de los más ruidosos. Daban alaridos sin intentar frenarse. Y de vez en cuando, sobrepasando los confusos ruidos que salían de las gargantas de los endechadores, podían escucharse las agudas notas de los flautistas.

Las costumbres judías de duelo eran expresivas y detalladas y estaban diseñadas prácticamente para subrayar la desolación y la separación final que causa la muerte. La esperanza victoriosa de la fe cristiana no existía todavía. En cuanto tenía lu-

gar una muerte, se levantaba un griterío terrible para que todos se dieran cuenta de que la muerte había asestado su golpe final. Los gemidos se repetían en el momento del entierro, cuando se llegaba a la tumba. Los afligidos se colgaban sobre el cuerpo muerto, suplicando una respuesta de sus labios callados para siempre. Se herían el pecho, se arrancaban el pelo y se rasgaban la ropa.

El rasgarse las vestiduras tenía que hacerse de acuerdo con ciertas reglas y costumbres. Se hacía justamente antes de que el cuerpo se ocultara definitivamente de la vista. Las vestiduras tenían que rasgarse hasta el corazón; es decir, hasta que se expusiera la piel, pero no se debían rasgar por debajo del ombligo. Por padres y madres se rasgaba el lado izquierdo, sobre el corazón; por otros familiares, el lado derecho. Una mujer tenía que rasgarse la ropa en privado y entonces ponerse al revés la ropa interior para que lo rasgado quedara a la espalda; entonces se rasgaba la ropa exterior, de manera que no se le viera el cuerpo. La ropa rasgada se llevaba puesta treinta días. Después de los primeros siete días se podía zurcir lo que se había rasgado; pero de manera que se pudiera reconocer claramente. Después de los treinta días se podía coser adecuadamente la ropa.

Los flautistas eran esenciales. En la mayor parte del mundo antiguo, en Roma, Grecia, Fenicia, Asiria y Palestina, el sonido de la flauta se relacionaba inseparablemente con la muerte y la tragedia. Estaba establecido que, por muy pobre que fuera un hombre, debía haber por lo menos dos flautistas en el funeral de su esposa. El lamento de las flautas, los chillidos de las plañideras, las apasionadas llamadas a los muertos, las vestiduras rasgadas, el pelo arrancado, tienen que haber convertido una casa judía en un lugar lúgubre y patético en un día de luto.

Cuando llegaba la muerte, a los que estaban de duelo se les prohibía trabajar, usar perfumes y llevar calzado. Hasta el hombre más pobre tenía que dejar de trabajar tres días. No tenía que viajar con mercancías y la prohibición de trabajo se extendía también a sus servidores. No se podía sentar con la cabeza apoyada, ni afeitarse, ni hacer nada para su consuelo. No podía leer la Ley o los Profetas, porque el leer estos libros produce alegría. Se le permitía leer Job, Jeremías y Lamentaciones. Tenía que tomar alimento solamente en su casa y se tenía que abstener totalmente de carne y de vino. No podía salir del pueblo por treinta días. Era costumbre no comer a la mesa, sino sentado en el suelo, usando una silla como mesa. Era costumbre, y todavía lo es, comer huevos untados de ceniza y sal.

Había una curiosa costumbre. Se vaciaba toda el agua de la casa y de las tres casas vecinas a cada lado, porque se decía que el Ángel de la Muerte administraba la muerte con una espada que limpiaba en el agua cercana. Había una costumbre pe-

culiariamente patética. En el caso de una persona que hubiera muerto demasiado joven, si no estaba casada, el ritual del matrimonio era parte de los ritos funerarios. Durante el tiempo del duelo, el afligido estaba exento de guardar la Ley, porque se suponía que estaba fuera de sí, loco de aflicción.

El que estaba de duelo tenía que ir a la sinagoga; y cuando entraba, los demás le miraban a la cara y le decían: “Bendito sea el que consuela al afligido”.

5.5. Lo que dijo Jesús

Entró y les dijo:

—*¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino dormida.*

Lo que los endechadores hacían estaba totalmente fuera de lugar y esto por dos razones:

- a. al menos muchos de ellos no eran sinceros, según se ve en el versículo 40; y
- b. no había razón aquí para llanto sino para regocijo, no para lamentar una muerte sino para celebrar un próximo triunfo sobre la muerte.

Por supuesto, no podemos condenar a esta gente por no saber que la vida había de triunfar sobre la muerte. Lo que andaba mal, en realidad, era

- a. su falta de sinceridad, y
- b. su resistencia a aceptar que lo que Jesús decía acerca de la niña (que no estaba muerta sino durmiendo) eran palabras de revelación que merecían una solemne reflexión, y no la burla.

Jesús no quería dar a entender que la niña se hallaba en estado de coma y esto es claro por las siguientes razones:

- a. Lucas 8:53 nos dice que la gente sabía que la niña estaba muerta.
- b. Lucas 8:55 afirma que, al mandato de Jesús, “su espíritu volvió”. Es evidente, por tanto, que había habido una separación de espíritu y cuerpo.
- c. En Juan 11:11 tenemos algo parecido. Jesús dice a sus discípulos “Nuestro amigo Lázaro duerme”. Pero en el versículo 14 afirma, “Lázaro ha muerto”.

En ambos casos el significado es que la muerte no tiene la última palabra. No es la muerte sino la vida lo que va a triunfar al fin. Así como al dormir natural le sigue el despertar, así también aquella niña iba a despertar, sí, iba a revivir.

5.6. La reacción del público

Y se burlaban de él.

Esta misma expresión se halla en Mateo y en Lucas. Probablemente se refiere a los repetidos estallidos de risas burlonas con objeto de humillar a Jesús. Parece que aquellos endechadores estaban dotados del dudoso don de cambiar en un instante del lúgubre lamento a una descontrolada risa ¿No es esta misma risa una confirmación del hecho de que la niña había muerto realmente? ¿No es también un testimonio de la autenticidad del rescate de la niña de las garras de la muerte?

5.7. Las palabras de amor y de poder

Pero él, echando fuera a todos, tomó al padre y a la madre de la niña, y a los que estaban con él, y entró donde estaba la niña. Tomó la mano de la niña y le dijo: —¡Talita cumi! (que significa: “Niña, a ti te digo, levántate”).

Jesús echó fuera a los burlones. En la habitación donde yacía la niña muerta, quedaron con él sólo los padres de la niña, Pedro, Jacobo y Juan. El principal de la sinagoga le había pedido al Maestro que pusiera sus manos sobre la niña. Sin embargo, Jesús hace algo aún mejor, porque con autoridad, poder y ternura toma a la niña de la mano. Al hacerlo se dirige a ella en su propia lengua nativa, el arameo, usando las mismas palabras con las cuales probablemente su madre la despertó muchas veces por las mañanas, a saber, “Talita cumi”. Para beneficio de los lectores no judíos, Marcos traduce esto libremente, “Niñita, a ti te digo, levántate.”

Hay aquí un detalle conmovedor. En el mismo texto original, «¡Jovencita, a ti te digo, levántate!» aparece en arameo: «Talitha, cumí.» ¿Cómo llegó esta frase en arameo a incorporarse en el griego del evangelio? No puede haber más que una explicación. Ya hemos visto que Marcos fue el intérprete de Pedro. Pedro, que había estado allí, había sido uno de los tres escogidos, del círculo íntimo que había presenciado este acontecimiento y no podía olvidar nunca la voz y las palabras de Jesús. En su mente y memoria siguió oyendo aquel «Talitha, cumí» toda su vida. El amor, la dulzura, la caricia de aquellas palabras no se le borraron nunca y las citaba siempre textualmente cuando contaba la historia y así pasaron a la memoria de Marcos.

5.8. El milagro

Inmediatamente la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y la gente se llenó de asombro.

Inmediatamente el espíritu de la niña vuelve a ella y se levanta. Aparentemente comienza a andar sin ayuda alguna. Ahora que se hallaba viva nuevamente, era natural que caminara, pues, aunque para sus padres era la “niñita”, la única, ella sabía caminar desde hace años, puesto que ya tenía doce años de edad. Marcos añade

probablemente esto a fin de impedir que el lector malinterprete la cariñosa expresión “niñita” como de una bebé.

No nos sorprende leer: “*Y la gente se llenó de asombro.*”; más literalmente, “espantados con gran espanto”. Momentos antes ella era un cadáver, inmóvil, pálido. Ahora está caminando, llena de vida, salud, y vigor. Por tanto, el asombro de los felicísimos padres y de los tres discípulos no conoce límites. Y a este asombro se debieron unir después todos los que la vieron.

5.9. La prohibición y las palabras de tierna preocupación

Pero él les insistió en que nadie lo supiera, y dijo que dieran de comer a la niña.

Esto parece estar en conflicto con la orden dada al liberado gadareno de ir a contar su testimonio, pues allí Jesús ordena que se haga lo que aquí prohíbe. Pero, después de todo, Decápolis, con su ambiente fuertemente gentil, no era Galilea. Aunque Galilea estaba mucho más sometida a la influencia de los gentiles que Judea, era a su vez mucho más judía que Decápolis. Galilea estaba llena de fariseos, escribas, espías, etc. Indudablemente Jesús vino a la tierra a morir, pero habría de hacerlo a la hora predestinada, no antes.

La prohibición de la primera parte del versículo va seguida por un mandato o exhortación en la segunda parte. Jesús se da cuenta de que la niñita, que a causa de su fatal enfermedad seguramente no había comido durante algún tiempo, lo necesitaba y que los padres, extasiados de gozo, podrían pasar por alto esta necesidad. Por eso dio la orden.

Este es un punto muy importante. No se debe dejar pasar sin darle su valor. Esto dijo el Señor al profeta Isaías:

Isaías 57:15

Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo:

Yo habito en la altura y la santidad, pero habito también con el quebrantado y humilde de espíritu, para reavivar el espíritu de los humildes y para vivificar el corazón de los quebrantados.

Primero Jesús triunfa sobre la muerte; luego calma el hambre, o más bien, impide que llegue a producirse. Su poder es insondable; y su compasión no se puede medir.

6. En conclusión

Este es el mismo Salvador que defendió a las viudas, ayudándolas en sus necesidades, que tomó a los pequeños en sus brazos y los bendijo, que lloró por los obstinados habitantes de Jerusalén y que mostró su bondad hacia una mujer que era una pecadora pública. Durante su propia y más amarga agonía procuró un hogar para su madre, la entrada al paraíso para un ladrón y el perdón para sus torturadores. Incluso después de su resurrección es el mismo Salvador de profunda ternura, ¡admiremos todo su proceder con el hombre que tan recientemente había renegado de él... Pedro! Este es el contexto en el que debería leerse este precioso pasaje de Marcos.

Él es, además, la Esperanza de los desesperanzados. Esto es lo que le enseñó al hombre que no podía ser sujetado, a la mujer que no había podido ser sanada y al padre a quien le dijeron que ya no había esperanza.

Esta narrativa del milagro de la hija de Jairo es una historia de contrastes. Hay un contraste entre la desesperación de los que estaban de duelo y la esperanza de Jesús. «No molestes al Maestro -dijeron-. Ya no se puede hacer nada.» «No tengas miedo -le dijo Jesús-, sino sigue teniendo fe.» Por una parte es la voz de la desesperación la que habla; por la otra, la voz de la esperanza.

Hay también un contraste entre la angustia desbordante de los del duelo y la tranquila serenidad de Jesús. Estaban lamentando, llorando, arrancándose los cabellos y rasgándose las vestiduras en un paroxismo de aflicción, Él estaba tranquilo, callado, sereno y en control de Sí mismo y de la situación.

¿Por qué esta diferencia? Era debida a la perfecta confianza que tenía Jesús. La peor tragedia humana se puede afrontar con coraje y dignidad cuando se está con Dios. Se rieron y burlaron de Jesús porque creían que Su esperanza y Su tranquilidad eran absurdas. Pero el gran hecho de la vida cristiana es que cuando nos parece que algo que es totalmente imposible, para Dios es posible. Cuando sobre una base meramente humana algo es demasiado bueno para ser verdad, se convierte en algo benditamente bueno y benditamente cierto cuando Dios está en ello. Se rieron de Él con burlas, pero su risa tiene que haberse transformado en admiración sin límites cuando se dieron cuenta de lo que Dios puede hacer.

No hay nada que pueda resistir a ese enfrentarse y a ese conquistar -ni siquiera la muerte- cuando el enfrentarse y el conquistar se hacen en el amor de Dios que se ha manifestado en nuestro Señor Jesucristo.

Basado parcialmente en los comentarios bíblicos de William Barclay y William Hendriksen
Las citas de las Escrituras son tomadas de la Biblia Reina Valera rev. 1995